

hibida al extranjero; pero Tanaquil (1) había leído en el porvenir la fortuna de su marido. El extranjero fué á Roma con sus riquezas y numerosos servidores, y los presagios de su futura grandeza se habían renovado en su camino. Los romanos no eran difíciles en materia de presagios; admitían sin examen todos los que les referían y Tito Livio repite gravemente los cuentos de vieja que la tradición le transmite. Es preciso repetirlos después que él, porque revelan el estado mental de aquel pueblo que sólo tuvo imaginación para estas cosas, y también porque nos enseñan cómo analizaban un signo los arúspices. «Cuando Tarquino se acercaba al Janículo, descendió lentamente de los aires un águila y le arebató la cobija; después con grandes graznidos se cernió sobre el carro, abatió otra vez el vuelo y volvió á poner en la cabeza del viajero lo que le había quitado. En vista de esto, Tanaquil, muy instruída en el arte augural, abrazó con el mayor júbilo á su esposo y le dijo que considerara bien la especie del ave, la región del cielo de que había venido y el dios que la enviara. Otro signo manifiesto: el prodigio se ha obrado en la parte superior del cuerpo; la cobija que cubría la cabeza fué arrebatada sólo un instante volviendo á ceñirla luego al punto. Los dioses, pues, le anunciaban la más alta fortuna.»

Tarquino aceptó el augurio, pero se ayudó á sí mismo. En Roma se granjeó con su prudencia la confianza de Anco, el cual le dejó la tutela de sus hijos; y con su valor por una parte y por otra su afabilidad con los pequeños, se granjeó también el afecto del pueblo, que lo proclamó rey en detrimento de los hijos del viejo príncipe.

El nuevo rey embelleció á Roma, aumentó su territorio y acometió la empresa de ceñir la ciudad con una muralla, que Servio acabó. El Foro, desecado y circuido de pórticos, sirvió para las reuniones y solaz del pueblo, se comenzó el Capitolio y se allanó el Circo para los espectáculos y los Grandes Juegos importados de Etruria. Pero los más considerables de estos trabajos fueron las cloacas ó albañales subterráneos, que sostienen todavía parte de Roma, después de veinticuatro siglos, á pesar de los terremotos, á pesar de la gravitación de los edificios cien veces reedificados sobre su bóveda. Para tales obras, que no tienen la grandiosa inutilidad de las construcciones egipcias, fué sin duda preciso someter al pueblo á grandes y onerosos servicios, y el tesoro á enormes gastos. Pero Tarquino hubo de subvenir á tan costoso empeño con el botín cogido á los sabinos y á los latinos en guerras afortunadas que le valieron las tierras comprendidas entre el Tíber, el Anio y la Sabina de las montañas: era el territorio de Colacia. Al referir Tito Livio esta conquista, ha conservado la fórmula que servía á todas las capitulaciones de ciudad impuestas por los romanos.

«Dirigiéndose Tarquino á los diputados, les preguntó: ¿Sois los diputados enviados por el pueblo colatino para ponerlos vosotros con el pueblo de Colacia bajo mi poder? — Sí. — ¿Es libre el pueblo colatino para disponer de sus destinos? — Sí. — ¿Os sometéis á mí y al pueblo romano, vosotros y el pueblo colatino, la ciudad, el campo, las aguas, las fronteras, los templos, las propiedades muebles, y en fin, todas las cosas divinas y humanas? — Sí. — Bien, acepto en mi nombre y en el del pueblo romano.»

No habla Tito Livio de guerras sostenidas por Tarquino contra los etruscos, pero su contemporáneo Dionisio de Halicarnaso sabe mucho sobre este asunto, porque en su *Arqueología romana*, este retórico que quiso hacerse historiador, presta crédulo oído á todas las fábulas que la tradición

(1) Otros le dan por mujer á Gaia Cecilia, la maga bienhechora á quien los novios honraban, (Plinio, Hist. nat. VIII, 74).

le cuenta; y la tradición quería que este rey etrusco hubiera batido á sus antiguos compatriotas para justificar su realeza romana. Según Dionisio, vencidos los etruscos hubieron de enviar á Tarquino en señal de sumisión las doce fascas, la corona, el cetro terminado en el águila real, la silla curul y el manto de púrpura. Semejante victoria es más que dudosa, y esta donación, si fué efectiva, no indica la sumisión de los que la hubieran hecho. Roma no dará otra cosa á los reyes aliados, cuyos auxilios ó magníficos presentes recompensará así á poca costa.

Tarquino fué el primero que celebró un triunfo con una pompa desconocida hasta entonces, el manto sembrado de flores de oro y el carro tirado por cuatro caballos blancos. De su reinado data la introducción en Roma de los trajes etruscos; la túnica real, el manto de guerra, la pretext, la túnica palmeada, los doce lictores, la silla curul, asiento de marfil, cuya materia pedían los etruscos al África y al Asia.

Quiso también Tarquino cambiar la constitución; pero á pesar de su popularidad, no logró modificar el orden de las tribus: los patricios se negaron á ello haciendo hablar á la religión por boca del augur Ato Navio, que sostuvo su oposición con un milagro. Augur, le dijo el rey, queriendo confundir su vana ciencia, ¿es posible lo que tengo en el pensamiento? — Sí, contestó Navio, después de observar el cielo. — Corta pues este guijarro con una navaja de afeitar. — El augur lo tomó y lo cortó. Para recordar perpetuamente al pueblo este hecho prodigioso, al lado de un altar, en que se depositaron la piedra y la navaja, se levantó una estatua á Navio, con la cabeza velada, como en el momento en que el augur esperaba las revelaciones de los dioses. Desde entonces ningún romano se atrevió á poner en duda la ciencia augural.

¿Había querido Tarquino chasquear al sacerdote, que se oponía á sus designios, ó fué el augur cómplice del rey? Hay en el mundo menos impostura y más necesidad de lo que se piensa. La credulidad popular había admitido una leyenda que hubo de formarse poco á poco sobre el guijarro cortado con la navaja; el colegio de los augures la tuvo naturalmente por cierta y la consagró con un monumento.

Reinaba Tarquino treinta ó cuarenta años hacia con honrosa fama en paz y en guerra, cuando un día dos pastores apostados por un hijo de Anco, se pusieron á reñir á las inmediaciones de la mansión real. Llevados á presencia del rey, uno de ellos aprovechó el momento en que el príncipe escuchaba al otro, y le abrió de un hachazo la cabeza. Luego al punto hizo Tanaquil cerrar las puertas del palacio y declaró al pueblo que el rey, herido solamente, encargaba á su yerno Servio que gobernara en su nombre.

Durante muchos días pudo la astuta mujer ocultar la muerte de Tarquino, y cuando se vino á saber, siguió Servio gobernando como tal rey, sin haber sido aceptado por la asamblea de las curias, pero con el beneplácito del Senado (578).

#### VI. — SERVIO TULLIO (578 — 534)

Su origen estaba rodeado de misterios: unos lo suponían hijo de una esclava (2), ó del príncipe de Cornículo, muerto en una guerra contra los romanos; otros contaban que un genio habíase aparecido en la llama del hogar á Ocrisia,

(2) Sin contar las Saturnales, se concedía á los esclavos un día de libertad en los idus de agosto, en memoria del nacimiento servil de Servio Tulio (Plut. *Quest. Rom.* 100; Fest. s. v. *Servorum*). Esta fiesta prueba que es preciso interrogar con prudencia las costumbres que, nacidas de una leyenda, parecerían darle el carácter de un hecho histórico.

sirvienta de la reina Tanaquil, y que en el mismo instante había concebido. Después de su nacimiento, continuaron los dioses siéndole propicio y creció en el palacio real en medio de los prodigios y de los signos manifiestos de su futura grandeza. Más adelante se verá lo que la historia y la arqueología hacen de esas tradiciones que ocultaban un destino muy diferente.

Una vez sentado en el trono, hizo Servio muchos cambios en la ciudad y en sus leyes. Dió á Roma la extensión que tuvo en tiempo de la república, añadiendo á la ciudad el Viminal, el Esquilino y el Quirinal por medio de una muralla y una poderosa calzada de tierra (*agger*) á que precedía un foso de 100 pies de anchura por 30 de profundidad (1). Roma tuvo entonces la extensión de Atenas, ó sea

un perímetro de dos leguas y media. Dividióla en cuatro cuarteles ó tribus urbanas, Palatina, Suburana, Colina y Esquilina, teniendo cada cuartel su tribuno que formaba las listas para las contribuciones y el servicio militar. Al nacimiento de cada varón debía depositarse una moneda de plata en el cepillo de Juno Lucina, protectora de las parturientas. Dividióse el territorio en veintiseis cantones llamados también tribus, y todo el pueblo, patricios y plebeyos, según el censo ó sea según sus haberes, en cinco clases y ciento noventa y tres centurias, formando la última los proletarios. Estos fueron excluidos del servicio militar, pues Servio no quería confiar armas á ciudadanos que no poseyendo nada, no podían tener interés en la cosa pública ni dar al Estado garantías de fidelidad.



Fragmento del muro de Servio Tulio

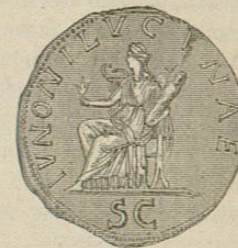
En sus relaciones exteriores, ajustó con las treinta ciudades latinas un tratado, cuyo texto pretende haber visto Dionisio conservado en el templo de Diana en el Aventino. Para estrechar mejor los lazos de esta alianza, se había edificado á expensas comunes este templo, donde se vió la primera estatua erigida en Roma. Algunos pueblos sabinos vinieron también á él á sacrificar.

Estas ligas que tenían por centro el santuario de una divinidad eran un uso común entre los pueblos italias y

(1) Poco menos de 30 metros en un sentido y 10 en otro. Este recinto no era continuo, pues no existía por la parte del Tíber, que pareció suficiente defensa desde que la fortaleza del Janículo protegió sus aproches, ni tampoco por algunos puntos escarpados é inaccesibles del Capitolio. Entre las puertas Colina y Esquilina hay restos considerables del poderoso *agger* de Servio, que Tarquino el Soberbio amplió. En el corte que presenta la figura está marcado un muro, actualmente visible, de 7 m. 77 de altura. Construido con piedras regulares, tiene este muro por cimientos bloques de 3 m. 63 por término medio. Para resistir mejor el empuje del terraplén intermedio, está fortalecido el muro por contrafuertes de 2,45 met. cuadrados, á intervalos de 5 metros 59. El foso seguía el muro. En tiempo de Augusto convirtió Mecenas el *agger* en un paseo. (*Dict. des Ant.*, pág. 140.)

recuerdan las anfictionías de la Grecia. Es menester conservar su recuerdo, porque encontraremos estas federaciones religiosas en tiempo del imperio y tendremos el derecho de argüir á los emperadores por no haber sabido utilizar en interés de las libertades provinciales una institución que habría podido salvar las provincias y aún á ellos mismos.

Pero volvamos á la leyenda. Tito Livio refiere cómo la astucia de uno de los sacerdotes romanos afectos al templo de Diana, dió á Roma la hegemonía sobre el Lacio. «Había nacido en casa de un montañés de la Sabina una terna de belleza extraordinaria y los adivinos anunciaron que quien la inmolará á la Diana del Aventino, asegurará



Juno Lucina (2)

(2) JUNONI LVCINAE S. C. Juno, sentada, tiene en una mano la flor que precede al fruto y en la otra un niño enfajado. Reverse de un gran bronce de Lucila, mujer del emperador Lucio Vero.

el imperio de su patria. El sabino condujo al templo la novilla y ya iba á hacer el sacrificio, cuando el sacerdote, instruido de la predicción, lo detiene diciendo: «¿Qué vas á hacer? Ofrecer un sacrificio á Diana sin haberte purificado sería un sacrilegio. El Tíber corre al pie de esta colina: ve á hacer en sus aguas las abluciones rituales.» El campesino bajó al río y cuando volvió á subir, ya el sacerdote había inmolado la víctima. Y Tito Livio añade: «Esta piadosa bellaquería fué muy agradable al rey y al pueblo.» Con esto se conservaron, durante siglos, en el vestíbulo del templo los cuernos de la becerra predestinada. La imagi-



Vaso de Ceres (Cervetere) (1)

nación popular se complace en hacer salir de las cosas más pequeñas grandes resultados, y ciertos historiadores tienen las mismas aficiones. Si los latinos habían aceptado ya la supremacía de Roma, era porque las armas la habían establecido.

La tradición hablaba también de una guerra de Servio contra los veyentes, los tarquinenses y los habitantes de Ceres los cuales hubieron de unir sus armas con las de los etruscos, á pesar de su origen pelásgico, que los acercaba á Roma, de la que más adelante vendrían á ser aliados, y á la Grecia á la que debían todos los vasos que encontramos en sus sepulcros. Esta guerra debió terminar por un acrecentamiento de territorio en favor de los romanos; pero la repartición de estas tierras, que hizo entre los pobres, hubo de aumentar aún el enojo de los patricios, cuyo poder había disminuído mucho con sus leyes. En su virtud

(1) Vaso corintio encontrado en Cervetere en 1856. Representa: en la faja inferior jinetes á escape, y en la superior, Hércules en el banquete del rey de Ecalia. La joven Iola está de pie entre la mesa del dios y la de su hermano Ifitos, y en los otros dos lechos están recostados Euritios y sus tres hijos, Dideón, Clitios y Toxos. Todos estos nombres están en antiguos caracteres corintios, trazados alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, de modo que formarían, á estar ordenados en columna, un texto *boustrophedon* (Longperier, *Museo Nap.* III, p. LXXI).

se aprestaron á favorecer la conspiración que se formó contra el rey popular.

Las dos hijas de Servio se habían casado con los dos hijos de Tarquino el Antiguo, Lucio y Aruns; pero la ambiciosa Tulia había sido prometida á Aruns, el más bondadoso de los dos príncipes, y su hermana á Lucio, que por su orgullo y crueldad mereció el sobrenombre de Soberbio. Tulia y Lucio no tardaron mucho en entenderse y unirse en criminales lazos y esperanzas. En efecto, para casarse con Lucio, Tulia se desembarazó de su esposo y de su hermana por medio del veneno.

Servio pensaba en abdicar y establecer el gobierno consular, y este fué el pretexto ú ocasión que Lucio ofreció á los patricios para destronar al rey.

Un día, mientras el pueblo estaba ocupado en las faenas del campo, veis aquí que apareció en el Senado, investido de autoridad con todas las insignias reales, y precipitando al viejo príncipe desde lo alto de las gradas de piedra que conducían á la curia, mandó á sus parciales darle la muerte.

Tulia, que estaba en el secreto, acudió presurosa al mismo Senado con prisa de saludar en su esposo al nuevo rey, y en su febril ansiedad, hizo rodar su carro sobre el ensangrentado cadáver de su mismo padre. La calle conservó en recuerdo de estos hechos el nombre de *Via Scelerata* (2). Pero el pueblo no olvidó al que había querido fundar las libertades plebeyas, y todos los días de nonas celebraba el nacimiento del buen rey Servio Tulio (534).

#### VII - TARQUINO EL SOBERBIO (354-510)

Al rey sucedió el tirano. Rodeado de una guardia de mercenarios y secundado por parte de los senadores que había sobornado, Tarquino reinó sin cuidarse de las leyes, despojando á unos de sus bienes, desterrando á otros y condestando á muerte á todos los que le inspiraban desconfianza. Para asegurar su poder se alió con los extranjeros y dió su hija en matrimonio á Octavio Mamilio, dictador de Túsculo. Roma tenía su voz en las ferias latinas, donde los jefes de las cuarenta y siete ciudades, reunidos en el templo de *Júpiter Latiaris*, en la cima del monte Albano; que domina tan majestuosamente todo el Lacio, ofrecían un sacrificio común y celebraban con fiestas su alianza. Tarquino trocó estas relaciones de igualdad en una dominación real. ¿Por qué medios? Lo ignoramos; pero ciertamente por combates cuyo recuerdo se ha borrado. La leyenda se desembarazaba de estas narraciones de batallas refiriendo la trágica aventura de Herdonio de Aricia.

«Tarquino, — dice Tito Livio, — propuso un día á los jefes del Lacio reunirse en el bosque de la diosa Ferentina para deliberar sobre los intereses comunes. Llegaron al salir el sol, pero Tarquino se hizo esperar. ¡Que insolencia! exclama al fin Herdonio de Aricia. ¿Es lícito burlarse así de toda la nación latina? Y propuso á los demás regresar á sus hogares. En esto aparece el rey. Un padre y un hijo lo habían tomado por mediador, y esta era la causa de su retardo,

(2) Tito Livio, I, 41-48; Dionisio, IV, 33-40. Ovidio (*Fast.* VI, 599), habla de un combate entre los dos paridos: *Hinc cruor, hinc eades*, etc.

de que se excusa proponiendo aplazar la deliberación al día siguiente. Era muy fácil, dijo Herdonio, arreglar esa diferencia doméstica. Dos palabras bastaban: que el hijo obedezca al padre ó que sea castigado. Ofendido Tarquino de estas libres palabras, hizo que aquella noche introdujeran sigilosamente armas en casa de Herdonio, y el día siguiente lo acusó de pretender usurpar el imperio sobre todo el Lacio dando muerte á los jefes. La asamblea condenó al supuesto traidor al agua *Ferentina* metido en un zarzo cargado de piedras; y con esto, desembarazado Tarquino de un ciudadano tan irrespetuoso con los reyes, hizo renovar el tratado, pero introduciendo la cláusula de que en vez de combatir los latinos al mando de sus jefes nacionales, habían de reunirse en todas las expediciones de guerra con las legiones al mando siempre de centuriones romanos» (1).

Esta narración no es sino el eco atenuado de violenta rivalidad entre Roma y la ciudad, cuyo jefe era Herdonio de Aricia, poderosa ciudad donde se romperá muy pronto el imperio de Pórsena.



Medalla de la familia Antistia (2)

Habiendo venido á ser jefe obedecido de la confederación latina, á que pertenecían también los hérnicos y las ciudades volscas de Ecetra y de Ancio, Tarquino el Soberbio cercó y tomó la rica ciudad de Suessa Pometia, que sin duda rehusaba entrar en la liga. Al principio fué menos afortunado contra Gabias. Un descalabro que sufrió en un asalto hubo de obligarlo á renunciar hasta á un sitio regular.

Pero su hijo Sexto se presentó á los gabieneses: «Tarquino, les dijo, no es menos cruel con su familia que con su pueblo, y quiere despoblar su casa como despobló el Senado. Yo mismo, su hijo Sexto, no he podido librarme de su cuchillo, sino apelando á la fuga, y aquí me tenéis pidiendo asilo á los enemigos de mi padre.» Los gabieneses lo acogieron y aun siguieron sus consejos, y algunas correrías felices al *agro romano* vinieron á aumentar la confianza que se había puesto en él. En poco tiempo, nadie tenía ya más crédito en la ciudad; pero entonces envió á Roma un emisario secreto, encargado de preguntar al rey qué debía hacer para entregarle la ciudad. Tarquino, sin contestar una palabra, pasó á su jardín con el emisario, y, paseándose en silencio, fué derribando con una varilla las amapolas más elevadas. Después de esta misteriosa indicación, despidió al mensajero, grandemente sorprendido de tan extraña respuesta.

Los legendarios romanos tomaron de Herodoto este cuento. Pero la sumisión de Gabias á Tarquino no es menos cierta. Dionisio de Halicarnaso vió por sus ojos el tratado hecho entre el rey y la ciudad; el cual tratado se conservaba sobre un escudo de madera, en el templo de Júpiter Fidio, lugar singularmente elegido para un monumento de traición, si el relato de Tito Livio es tan verídico como célebre. En las tierras ocupadas á los volscos fundó Tarquino dos colonias: una que se encerró tras los muros de la Signia pelásgica, y otra que se estableció en el promontorio de Circe: ambas estaban constituidas por ciudadanos romanos y latinos que debían suministrar su contingente al ejército de la liga. Es

(1) Tito Livio, I, 50-52. La fuente llamada *Agua Ferentina* que era acaso un emisario natural del lago de Alba, brotaba en un bosque sagrado, donde los latinos celebraron sus asambleas hasta el año 340 antes de J. C. Fest. s. v. *Priator*. Hoy es la *Marrana del Pantano* que corre en un profundo valle, cerca de Marino.

(2) Lleva las palabras *FEDVS CUM GABINIS*, ó alianza con los Gabinos, y representa dos personajes que ofrecen un puerco en sacrificio para consagrar este tratado.

TOMO I

el primer ejemplo de aquellas colonias militares, que multiplicadas por el Senado en todos los puntos de Italia, han de extender las leyes y la lengua del Lacio. Al mismo tiempo serán guarniciones permanentes, puestos avanzados que atajarán al enemigo deteniéndolo lejos de la capital, y serán semilleros de bravos soldados.

Como su padre, Tarquino el Soberbio gustaba de la ostentación y magnificencia. Hizo venir de Etruria hábiles operarios y con el botín hecho sobre los volscos, terminó las cloacas y el Capitolio, esa mansión preferida del dios que tiene el rayo en su diestra, desde donde «tantas veces agitó su negra egida y llamó á sí las tempestuosas nubes» (3).

Excavando el suelo para echar los cimientos de este nuevo santuario de Roma, hubo de encontrarse una cabeza huma-



BRUTO. — Busto del Capitolio

na recién cortada al parecer. «¡Buen signo! exclamaron los augures: es su sentido que este templo ha de ser la cabeza del mundo.» Por debajo del Capitolio, en un cofre de piedra, se encerraron los libros sibilinos. Una adivina, la sibila de Cumas, había venido con la apariencia de una vieja á ofrecer al rey en venta nueve libros. A su negativa, quemó la vieja tres de ellos y volvió á pedir el mismo precio por los otros seis. Una segunda negativa del rey le hizo quemar otros tres, pidiendo por ellos el precio mismo. Admirado Tarquino, compró los tres restantes y los confió á la custodia de dos patricios. En los grandes peligros, se abrían estos libros al azar, según parece, y el primer pasaje que se ofrecía á la vista servía de respuesta (4). En la Edad media también se echaban estas suertes sobre los Evangelios.

(3) Virg. *Æn.* VIII, 353.

(4) Dionisio IV, 62; Cic. de *Divin.* II, 54; Tac. *Ann.* VI, 12. Justino (I, 6) atribuye esta historia á Tarquino el Antiguo. Atenas parece